

En la sílaba del pájaro, en la semilla

Esther Ramón

Conciliar poesía y denuncia, o calzar las botas de la escritura poética para hollar el barro de la historia inmediata, con minúscula, es un riesgo que pocos autores han logrado asumir sin encallar. La balanza suele inclinarse, los platillos pesan demasiado, a un lado o a otro, y enseguida se desestabiliza. Es un hecho que se bordea un peligro de embarrancamiento cuando se limita la ambigüedad o polisemia del discurso poético para lanzar un mensaje excesivamente claro, unívoco, sin vuelta de hoja, aunque éste sea bienintencionado y hasta necesario. Desde esta perspectiva, la obra de Jorge Riechmann representa un caso único dentro del panorama poético español (armonizando de alguna manera con su estela solitaria posturas antagónicas), y su último libro –*Conversaciones entre alquimistas*, asumiendo dicho riesgo en un trazado de factura irregular, que no mezcla los metales sino que los separa a uno u otro lado, aún arrancados de la misma veta- supone una muestra admirable de diálogo asumido, interiorizado, pero también epidérmico: entre la comunicación y el misterio, la ecología y el bufido irreal de los bestiarios, la estadística y el número orbital del pitagórico, la ciencia y la corriente eléctrica que reaviva a los muertos, entre el mito y la magia adoquinada de lo cotidiano.

El libro se abre y cierra en el misterio, como cualquier final y comienzo que se precie. No en vano el lenguaje de los alquimistas se cifra en un corpus hermético y su Moisés es Hermes Trimegisto, que –unidas sus cualidades a las del Thot egipcio- no

Jorge Riechmann: *Conversación entre alquimistas* (Barcelona: Tusquets, 2007).

sólo es el dios del comercio y de la comunicación, y sirve de guía de las almas en los infiernos, sino que es también el dios de la escritura y de la magia, que –según creencia de los alquimistas– transmitió sus oscuros mandamientos en la «Tabula smaragdina», o «Tabla de esmeralda», texto datado hoy entre los siglos VI y VIII.

Entre sus enseñanzas, leemos:¹

Es verdadero, verdadero, sin duda y cierto:/ Lo de abajo se iguala a lo de arriba, y lo de arriba a lo de abajo, para consumación de los milagros del Uno/ (...) Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero, suavemente y con gran entendimiento./ Ascende de la tierra al cielo y vuelve a descender a la tierra, recogiendo la fuerza de las cosas superiores e inferiores.

Siguiendo su estela verde, de piedra preciosa transitable, el poema «Derelicción del contexto» se hace eco de ellas -enlazando de paso a Heráclito y Antonio Porchia en una cuerda que no sabe de lecturas e influencias sino que habla de una gota de sabiduría vertida desde antes en cada uno de nosotros, y que encuentra todo aquel capaz de abismarse en su interior para beberla- y nos pide «que recordemos aquellas palabra que son nuestras, que son las más nuestras: *el camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo.*»

En esta consideración, el poeta recoge un itinerario completo, circular, que no es mensaje atorado en el cuello de la botella, sino circular singladura a través del curvado vientre de cristal, apertura y cierre y de nuevo apertura del diafragma de una cámara fotográfica que es el objetivo, el disparo, el aire que atraviesa, el objeto devuelto, invertido, y de nuevo sobre su basamento, recogido el todo en la sensibilidad de una película que requiere primero oscuridad y secado, largas reflexiones, para poder finalmente ser expuesta a la luz sin velarse. «Primero miras un objeto, luego miras la mirada, y en un tercer momento –del que sólo son capaces algunos muy grandes- vuelves al objeto, enriquecido con todo el recorrido anterior.»

¹ Alexander Roob: *El museo hermético* (Colonia: Taschen, 1996).

Del mismo modo que Sergiu Celibidache consideraba los murmullos, susurros y toses del espectador en la sala de conciertos como parte integrante e indivisible de la música, para Riechmann «los trapos que el artista usaba para limpiar los pinceles están dentro del cuadro.» Y de la misma manera, «la vida y la muerte están vivas juntas, ahí.»

Para conversar, el alquimista tiene en primer lugar que atravesar el silencio. Un silencio que es antes de nada un aprendizaje por vía práctica del lenguaje de lo natural –de la ardilla, la trucha y el guijarro–, de la lengua paterna –trabajada y exhausta– y de la voz propia, interior. Ha atravesado el silencio y el dolor para poder hablar con las palabras de todos:

El alquimista ha conversado largamente/ con la ardilla, la trucha/ y el guijarro// ha puesto sobre su frente/ una exánime gota/ de la saliva verde de su padre// se ha retorcido las manos como sogas zurdas/ ineptas para atrapar/ las nubes más nutritivas/ pero no para acariciar sus riñones resplandecientes// ha postergado/ sin aspavientos la enciclopedia del dolor/ donde alguna vez se ejercitó incansable// y por fin puede hablar/ con las palabras cuya miga común/ es dulce sobre la mesa sin esquinas:

Aún así guarda con la misma intensidad la desconfianza y el empecinamiento en el decir. La mezcla –en el horno del alquimista o en el útero del origen, cueva prehistórica–, entre bisonte, hombre y mujer distribuye, con sus mitades incompletas que son apertura y posibilidad de permutación, una espera en la palabra pero también una acción. La de ser fragmento y plantar las manos sobre la tierra, sobre la arcilla, para sentirla y dejar una huella, para engarzar lo separado desde una inmanencia con vistas, que es, así, en sí misma, trascendencia, porque «hay un manantial en el centro de todo lo creado// creación donde cada punto es centro, pues en él un manantial.»

Transcurrir desde el observatorio y hacer inventario de la magia cotidiana, de sus milagros, de sus coincidencias, en un crisol en el que caben estadísticas, pensamientos sedimentados –de Heráclito, Tales, Anaximandro o Jenófanes– homenajes (como el

reiterado a Antonio Gamoneda –«de él diría: *es un poeta, viene de lejos*, si no pudiera afirmarse lo mismo de cualquier ser humano que hay vivido su tiempo con fidelidad al humo cálido del corazón»–, de quien aprende la enseñanza que el padre calló, la de la leche amarga, la del libro de los venenos), amigos, el afecto por lo anónimo entrevisto y amado, cepos grandes y pequeños para pequeños o grande mamíferos, pinturas rupestres... Todos los materiales sirven para transmutar los más pobres metales, que son los que nos calientan, en el oro de los días.

Inventar también, si se quiere, con las mismas palabras, un cielo modesto, cantarlo, construir la superficie y la profundidad con el mismo material ingenuo, con viejos tablones de madera: «un asilo de máquinas en desuso -¿por qué no? Un parlamento para los habitantes de la charca. Un oasis para los significantes sin referencia. Y una suntuosa zapatería-chocolatería para los espíritus de quienes murieron de hambre.»

El infierno en los otros. El paraíso en los otros. «Ese poco de sombra, ese poco de luz, ese poco de agua, ese poco de afecto.»

Caminar con decisión e infinito cuidado sobre las traviesas podridas del hangar cerrado y asfixiante que es nuestro tiempo, unir el mimbre abierto en la cesta de los huevos buscando manos que se enlacen con las nuestras, que hagan posible el sustento y un futuro y natural quebrarse de cáscara, a su debido tiempo, un bullir nuevo y caliente de plumas y pasos que vacilan, que en el andar se fortalecen.

Y desde ese centro, desde lo más pequeño, desde la perfección milimétrica y preservada del huevo, de la vida, «en el vaivén entre nuestra esencial incompletud y la transparente corola de la totalidad, en el secreto de esta gruta recóndita donde lo alto no se halla desconectado de lo bajo, puedo concebir una sílaba como un grano que pasara de una garganta a otra, de buche de pájaro a boca de oso a laringe de hombre, manteniendo intacto su poder de germinación.»©